

Brillo de luna

Mi Libro Vacío



Capítulo 1

Brillo de luna

Voces viajan con el viento, voces y gritos que llegan a sus oídos; sus pasos, tambaleantes y ligeros, una mirada perdida en algún punto en el cielo.

Contempla la luna brillando en medio del abismo negro sobre su cabeza, acompañada de su elegante tropa de estrellas, esferas de luz que hasta cierto punto le sirven de consuelo a su alma dolida.

Recuerda el sonido de las gotas de sangre estrellarse violentamente contra el suelo a cada golpe, los gritos desgarradores y el llanto que empapaba las mejillas y nublabla la vista de aquella mujer.

Se mira así misma en el pasado, resguardada en un rincón de la habitación observando el líquido rojo que se derramaba de esas gruesas y espantosas manos; el dolor emocional que oprimía su pecho, miedo que erizaba su piel haciendo temblar su pequeño cuerpo, la tristeza que se apoderaba de su corazón, viéndose reflejada en sus ojos negros y vacíos, ojos a los que se les robaba la inocencia y el amor, siendo que ni siquiera el brillo de la luna podía aclararlos, volviéndose más oscuros que la noche.

El aire entrando a través de la ventana dejando como único rastro de su presencia el ligero ondeo de las cortinas. Recuerda con facilidad el frío que hacía aquellas noches, la coloración de sus dedos a causa de este.

Aquellas paredes heladas marcadas con sangre y sufrimiento, muros de un hogar roto que ocultaba secretos; una prisión silenciosa ya que nadie era capaz de escuchar los lamentos de quienes sufrían dentro, una prisión de la que jamás creyó poder escapar.

Su corazón palpitante, fuerte y veloz, siendo que incluso parecía que iba a estallar dentro; su respiración entrecortada al presenciar esa mano alzarse contra ella, el grito ahogado acompañado de lágrimas al ver a alguien más recibir ese dolor.

Noche tras noche, la luna asomando en la ventana, testigo de las lágrimas cayendo con cautela en las mejillas de la niña y la mujer, hasta que en dado momento fue como si el cielo por fin se compadeciera.

Rodeada de botellas de alcohol y vidrios rotos que cortaban su piel, abriendo paso a un hilo de sangre entre sus dedos; la ferocidad de la tormenta que rugía por justicia cegó y otorgo valor a aquella madre, o quizás simplemente dio impulso a lo que ella ya deseaba desde hace

tiempo.

Sus ojos perdidos, negros y vacíos, que al ser espectadores de otra atrocidad más, finalmente perdieron todo brillo e inocencia; un enorme charco de líquido rojo que alcanzo sus manos, permitiéndole sentir entre los dedos la sangre tibia en el suelo, que extrañamente trajo cierta paz a su conciencia.

Ahora, sus pies desnudos caminan sin rumbo en el bosque, lastimados a causa de ramas y piedras pequeñas que incluso ya se han incrustado en ellos, la tierra ensuciando sus dedos y bichos trepando en sus piernas.

Su vista se ha tornado cada vez más borrosa a medida que avanza, sufriendo por el hambre y la sed, cansancio que sirve de distracción para el dolor de todos aquellos arañazos en su piel desnuda ocasionados por las ramas.

Caminando en soledad, que incluso le es difícil concentrarse en lo que estaba buscando al entrar a ese bosque. Y es que, a pesar de que aquella madre fue capaz de defender a su hija, su frágil ser termino por romperse al darse cuenta de que apuñalo a una bestia frente a la niña.

Sin embargo, para la pequeñita, todo aquello ya no tiene importancia alguna, buscando únicamente a su madre que simplemente se alejo con una cuerda en mano en dirección a este monstruo verde.

Envuelta en un mar de sombras causadas por los recuerdos y las voces en su memoria, avanza siendo acechada por una enorme bestia de ojos brillantes de la cual creyó haberse librado ya, más continua en su mente atormentándola.

La luna ilumina a quien parece ser el recuerdo de una sonrisa, el producto de un amor antiguo y la consecuencia de violencia constante. Un alma perdida deambulando en el bosque, escuchando y guiándose por el peculiar sonido de los árboles moverse con el viento.

Sombras y voces la rodean, la atormentan, atacando y apuñalando lo que queda de ella. Su mundo que se vuelve inestable y cruel, siendo así que se tambalea amenazando con caer, su vista nublada que aun es capaz de sentir y ver aquellos ojos feroces.

Es así como ruega por la misma luz que la salvo en un principio, sin embargo, el brillo de la luna parece perderse lentamente a la llegada de nubes de tormenta, alejando incluso el amor con el que la salvo la primera vez.

La enorme bestia peluda abre la boca dejando escapar los gritos antiguos de sus víctimas, dejando al descubierto dientes puntiagudos y deformes

que parecen vidrios, derramando sangre, aquella sangre que conoce muy bien. Levanta su pata mostrando las garras, como antes ya había sucedido, amenazando con atacarla, herirla, matarla, claramente, esta vez, nada podrá salvarla.

Devora su mente y alma hasta quedar satisfecha, lamiendo los recuerdos dolorosos de la mente perturbada de una niña, saboreando los sentimientos tristes y el miedo incesante de los ojos vidriosos de su víctima a causa de las lágrimas. Una bestia inconmensurable formada de rencores y lamentos.

Las nubes terminan por cubrir el cielo entero, envolviendo el bosque en tinieblas y tonos grises, dejando como único rastro de la luna un ligero destello apenas visible, al tiempo que traen vientos más fuertes y ruidos estridentes.

El viento ondea mechones de cabello negro y acaricia a manera de consuelo la mejilla de la pequeña, llevándose su último aliento; viaja junto con los recuerdos perdidos, moviendo un montículo de tierra donde descansa la bestia y haciendo tambalear los pies de una mujer, sobresalientes de la copa de un árbol.